

HOMENAJE A
ALBERTO GINASTERA: RIGOR E INTEGRIDAD
1916 - 1983

El compositor argentino siempre supo concordar
el más grande respeto por la forma
con el espíritu de curiosidad por toda búsqueda

El 25 de junio de 1983 murió en Ginebra, ciudad en la que residía desde hace más de diez años, el compositor Alberto Ginastera, dejando una obra relativamente poco abundante (54 números de opus), pero de importancia considerable y de la que aún no se aquilata su verdadera magnitud. Como sus contemporáneos, el polaco Witold Lutoswaski o el francés Henri Dutilleux, Alberto Ginastera componía poco y lentamente, obras perfectamente resueltas. Como ellos, también, fue respetuoso de la forma y desdeñaba la búsqueda por la búsqueda, como también las concesiones que facilitan el éxito. Deja una obra marcada en cada página por su rigor e integridad.

En esta obra pueden distinguirse tres períodos: la primera es la del folklorista. Argentino al cabo, Ginastera exalta en sus primeras partituras (en los ballets *Panambí* o *Estancia* y en las primeras piezas para piano) los fuertes ritmos de su país que él mismo calificaba de "nacionalismo objetivo".

El segundo período se concentra en la década de los años cincuenta y marca una apertura progresiva hacia las formas contemporáneas, entre las cuales destaca, por supuesto, el dodecafonismo. En este período produce obras maestras de poesía sonora, de firmeza expresiva, como el *Concierto* para arpa (1956), el segundo *Cuarteto* de cuerdas (1958), la *Cantata para América Mágica* (1960), todas ellas obras cuyo espíritu no podría definirse mejor que tomándole prestados al compositor los adjetivos que él utiliza como indicaciones para los movimientos: dramático, misterioso, mágico, contemplativo...

Las obras del segundo período conservan el origen latinoamericano, el vigor de los ritmos y el aderezo colorístico, pero en la tercera parece distanciarse, ellas pierden súbitamente su elegancia seductora. De aspereza y rigor crecientes, las obras de Ginastera ya no serán nunca más agradables o lúdicas. De acceso más difícil, de lenguaje más grave, más agresivo, ellas relatan dentro de un idioma y tono más dramático el desgarramiento de nuestra época y las dudas del hombre.

Dentro de la jungla abundante que en este siglo ofrece la música contemporánea, Ginastera surge como el hombre de la unidad y de una originalidad profunda que supo, como pocos, conquistar un sitio a través del respeto absoluto por las exigencias formales y también el de un espíritu de apertura siempre animado de la más alta curiosidad. Siempre alerta, no ignoró las más recientes experiencias de la vanguardia, pero demasiado riguroso y de gran nobleza en su arte no se entrega a la mera búsqueda, fuese cuál fuese el placer que pudiese proporcionarle.

Similar rigor y nobleza se descubre en el enfoque que tenía sobre su arte: "La moda, en arte, no es nada", nos decía en 1976. "La moda es lo que cambia con

mayor rapidez. El compositor se debe a la eternidad". Es por eso que este gran creyente no se interesaba por el arte "comprometido" y, a propósito de la ópera —de las que deja tres— estimaba que "el tema no puede ser otro que el amor y la muerte". (*Samedi Littéraire*, 9 de octubre de 1976).

Para la eternidad. Ginastera sin duda supo lograr su meta: los atestiguan aquellas de sus obras que desde ya, en toda América principalmente, pero también en Europa, figuran en el repertorio como "clásicos" y le son familiares al público. Quedan las otras, las más recientes, de las que lo esencial queda por descubrirse.

Jean Claude Poulin
Journal de Genève, 2 de julio de 1983